

El español Salvador de Madariaga

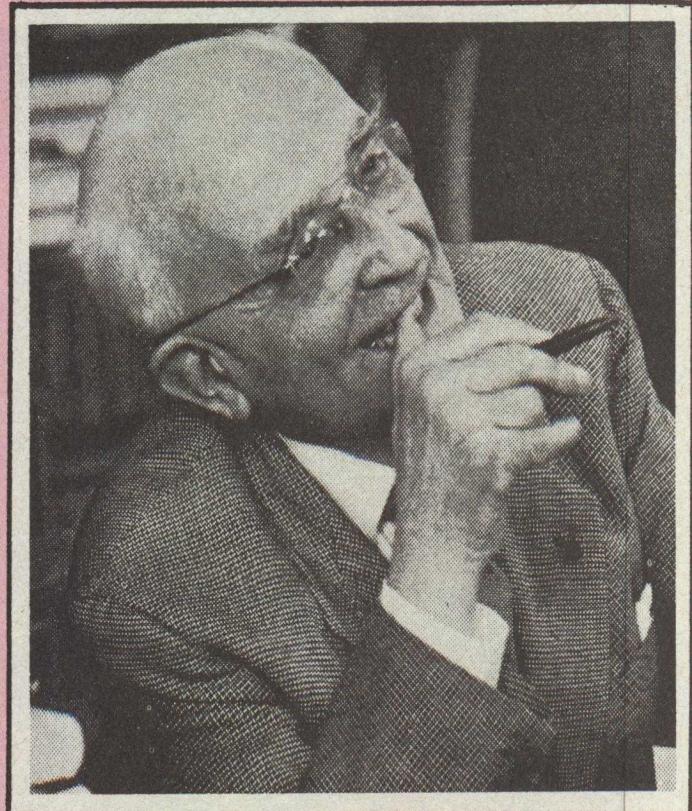
EUROPEO. UNA CONSAGRACIÓN

Joaquim Montezuma de Carvalho

Buscador de la verdad, es como definió Albert Camus a Salvador de Madariaga, en un discurso del 30 de octubre de 1956, cuando la ciudad de París rindió homenaje al gran escritor español, de estirpe vasca y gallega. Camus dijo concretamente: "Esto no quiere decir —y Salvador de Madariaga no me permitiría decirlo— que su obra nos ofrezca una verdad íntegra y ajustada, sino que encontramos en ella un esfuerzo incansable en busca de la verdad, la marcha prudente, atrevida y simultánea con el espíritu que rehusa conformarse con palabras, que denuncia todas las comodidades intelectuales y sólo quiere rendirse ante la evidencia. Cuando el autor de tantos libros explosivos y sagaces nos propone una idea o una solución, podemos estar seguros de que no fue previamente a pedir la receta a un partido o a una iglesia".

Camus, con estas líneas, definió un carácter que es hoy en día una de las glorias máximas de la hispanidad. No digo solamente de España, sino de la hispanidad, atrapando en la red al campo fértil de las Américas, donde se prolongó, de modo que su nombre fulgura de modo enriquecedor. Camus definió a un escritor y a un individuo, a un intelectual y a una mente. Además, definió a Madariaga como "europeo": que el ser europeo es esa virtud de pensar con su propia cabeza, recta y luminosa. En suma, Camus encontró la definición que le era más cara a Madariaga, no el llamarlo español puro, sino europeo que se asienta en la individualidad española. O bien, un español abierto a la comunicación plural europea. El ser europeo es la virtud de esa apertura, sea cual sea la nacionalidad regional que tenga el europeo.

Me llega la gratísima noticia de que se le ha otorgado a Salvador de Madariaga el galardón del premio Carolino de 1973, habiendo sido dada a conocer la decisión por el presidente del Municipio de Aquisgrán, el Sr. Hermann Heush. Se trata de un alto premio alemán instituido para consagrar "méritos especiales al servicio de la unidad europea", y que sólo ha sido concedido a figuras egregias como Churchill, Schuman y Adenauer. Con esto basta ya para que nos imaginemos el nivel de este importante premio. Madariaga lo recibió el día 31 del mes de mayo de 1973, en una ceremonia en la Sala de la Coronación del Palacio Consistorial de Aquisgrán, precisamente donde fue coronado el emperador Carlos I de España y V de Alemania. Podría escribirle al amigo Madariaga, al que tanto quiero, y felicitarlo en una vibrante epístola; pero estos conceptos no pueden quedarse silenciados en una carta. Prefiero esta vía pública de la prensa. Tenemos que enorgullecernos de la justa evidencia de los valores del espíritu.



Recuerdo el 23 de julio de 1966, cuando Madariaga cumplió ochenta años. La Universidad de Oxford —y fue siempre Oxford la ciudad donde más vivió el escritor, dejándola solamente hace unos cuantos meses para irse a Locarno, Suiza, donde se instaló con su esposa Doña Emilia, en el Hotel L'Esplanade, cercano al hermoso lago— decidió hacerlo Doctor honoris causa en Derecho ¿Por qué en derecho y no en letras, filosofía o historia, si Madariaga es un nombre exelso en las arenas de la biografía, la novela, el teatro, la poesía, la historia, el ensayo crítico y el artículo periodístico? Es que no debemos olvidar la trayectoria pública de Madariaga: Ministro de la República, Embajador de España en Washington y París, su presidencia de cinco años de la Sección de Desarme de la antigua Sociedad de las Naciones, etc. Y una trayectoria pública es siempre el perfil de un hombre, y el Derecho, el de un hombre y su acción. Por ello, en esa sesión de la Universidad de Oxford, Salvador de Madariaga, con su sonrisa bondadosa, por encima de todas las glorias efímeras, pudo oír a Sir Harold Macmillan, ex-primer ministro de la Gran Bretaña y, en la actualidad, Vicerrector de esa Universidad, decir que se estaba haciendo homenaje a su persona, porque era "un campeón de la causa de la paz y de la reconciliación entre los pueblos". Esto significa que Madariaga es un hombre de pensamiento que no se encierra solamente en los libros que va pu-

blicando, sino que, además, es un humanista que se convierte en hombre de acción por la fuerza de ese mismo pensamiento.

Precisamente uno de los campos de esa acción suya fue siempre su meditación sobre Europa, sobre lo que le confiere "europeísmo" a Europa, sobre la misión de Europa para consigo misma y para con el mundo extraeuropeo. En este aspecto importante de su vitalidad, lo considero un precursor de hombres como Churchill, Schuman y Adenauer, todos ellos dedicados al mismo afán esclarecedor, en la búsqueda de una vía cordial para la comunidad europea de naciones, siempre tan divididas y ensangrentadas, a lo largo de una historia de siglos con muchos millones de muertos, como si Europa sólo fuera eso: guerra entre hermanos y no la gran posibilidad de concordia para una sola familia.

Desde luego, Madariaga tenía que ser un predestinado para esa misión cordial. Es un escritor en el que se concentra una profunda asimilación de tres culturas: la española (mejor peninsular), la francesa y la inglesa. Es un escritor trilingüe, un hombre que escribió algunas de sus obras directamente en las tres lenguas, pu-

diendo todavía atribuirse algunas conferencias que redactó en italiano y alemán. Notable proeza para lo español, donde el bilingüismo es casi nada.

Tengo conmigo su notable libre "Bosquejo de Europa" (Editorial Hermes, México, 1951, 270 páginas), que leí ya tres veces. Se inicia con estas palabras: "Amenazada desde fuera y desde dentro por el Gengis Kan mecanizado de Moscú y por sus propias tendencias suicidas, Europa se encuentra actualmente en peligro mortal. Quizá por eso comenzamos a darnos cuenta de lo que significa para nosotros. Vivirá o perecerá, según que tome conciencia o no de sí misma y de que, puesto que vive, debe seguir viviendo". Una Europa desgarrada por gritos de guerra tribales. Subsisten y deben subsistir en la conciencia común de Europa, los matices que imponen la existencia de los tipos nacionales, verdadero tesoro de Europa. Todos queremos que Europa deje de ser un manicomio de fanáticos y belómanos; pero nadie aspira a que sea... un monasterio de trapenses.

La unidad late por debajo de la variedad de las docenas de naciones europeas. De las docenas por su variedad, europeas por su unidad; todas, a pesar de sus vigorosas diferencias, tienen ese aire de familia que lleva a una persona a afirmar: esto es Europa. La unidad vence siempre. La primera causa de esta unidad-variiedad es, sin duda, su medio físico. ¡Feliz Europa! Porque, por paradójico que parezca, esta mezcla de estirpes distintas es la verdadera causa de la unidad europea. El don típicamente europeo es la calidad. La esencia de la calidad es lo único. El individuo es un descubrimiento, si no incluso una invención, de Europa. Aquí es donde se aprecia por primera vez la índole peculiar, única, del individuo. A su vez, esto puede explicar que el Cristianismo sea la religión predestinada de Europa, pues es la religión que establece y proclama el carácter sagrado de todos los seres humanos, sean cuales sean su clase, situación, corazón o empleo.

El otro aspecto de la facultad maestra de Europa es

la mente. Aquí también se caracterizan los europeos por el esfuerzo que hacen a través de tantas vicisitudes, para alcanzar esa libertad de la investigación y la comunicación, sin la cual la mente se asfixia, como los pulmones sin aire. Cristiana en su corazón, Europa es socrática en su cerebro. La acción mental, el deseo de saber, son aspectos vivos del hombre, que revelan el intelecto y la voluntad en una combinación inseparable. La mente del europeo no acostumbra ser contemplativa, como la del asiático. Además, para el europeo, la contemplación acostumbra ser la madre de los deseos. De ahí el papel excepcional y predominante del europeo en la historia del Saber. El reverso de la medalla es cierta insuficiencia de la intuición (es por eso que Europa importó de Asia sus religiones). Así se explica también que, en Europa, las religiones tiendan a dejarse caer sobre sus aspectos puramente devocionales y a fomentar doctrinas dogmáticas (intelecto) y normas morales (voluntad).

La característica de toda la vida y la historia de Europa: el predominio de la voluntad y la inteligencia sobre las demás formas del espíritu humano. Los europeos

son los inventores del individualismo, que viene a ser la síntesis suprema de las tradiciones socráticas y cristianas. Pero el mero individualismo no puede ir más allá de la anarquía y, para salvarse, tiene que amoldarse a consideraciones sociales. Y es esto lo que hace al europeo, integrando la libertad individual y la disciplina social mediante instituciones. De aquí la índole esencialmente antieuropea de las doctrinas que se entregan ya sea a la primera fase (anarquismo) o a la segunda fase (comunismo) del proceso —fases que las artes literarias inmortalizaron respectivamente en Don Quijote y Hamlet.

Después de este análisis irrefutable, Salvador de Madariaga nos transporta al consiguiente Olimpo Europeo, ya que, dada nuestra índole, tenemos también una mitología. Un continente tan dotado para criar individuos, tenía que revelarse necesariamente por un Olimpo, con sus dioses máximos y representativos: se llaman Don Quijote, Hamlet, Fausto y Don Juan. Hay otros, pero estos cuatro mitos modelan la esencia de Europa. El libro "Bosquejo de Europa" es, sobre todo, un perfil diseñado a partir de las pesquisas hechas sobre estos personajes que revelan la "persona" Europa. Europa los parió y es con ellos con quienes tiene que crear su propia imagen. Carne de su carne, aunque sea simbólica.

A este egregio ciudadano de las letras es al que Europa ha honrado el día 31 de mayo con el Premio Carlomagno, destinado a galardonar "los méritos especiales al servicio de la unidad europea". Toda la obra de Madariaga es un río que desagua en la evidencia de esta unidad. Pero "Bosquejo de Europa" es el libro clave de ese pensamiento. Trataremos de dar una síntesis de su contenido. ¡Ojalá alguien, en la hora exacta del homenaje, se haya acordado de repetir estas palabras del propio Madariaga, plagiadas de Galileo Galilei: ¡Eppur Europa si muove!

¡Felicitaciones, querido escritor!

LA ESPADA Y EL ESPIRITU

Salvador de Madariaga

Una Alemania no simplemente renacida de sus cenizas, como un ave fénix, sino de regreso del Hades, como Alceste, puede permitirle a un visitante amigo recordar la escena en la que un general de las fuerzas de ocupación, durante la Primera Guerra Mundial, llamó al alcalde de Bruselas, sacó su revólver y lo puso sobre la mesa; entonces, el alcalde sacó su pluma estilográfica y la colocó sobre la mesa, junto al revólver. Esta escena simboliza la característica principal de la lucha de nuestros días: la pluma contra las armas. La opinión pública contra la fuerza. En el momento mismo en que estamos respirando, la Unión Soviética ha planteado brutalmente esa cuestión ante el mundo. Por medio de una cínica demostración de fuerza, ha reducido a una pequeña nación, mucho más avanzada que Rusia misma, a no poder depender para su defensa más que de la opinión pública. La pequeña nación se inclina ante la tormenta; pero cabe preguntarse: ¿depende la Unión Soviética solamente de la fuerza?

No. De otro modo no mentiría, y la Unión Soviética ha estado mintiendo desde el mismo día en que comenzó a planear su crimen. Si la Unión Soviética no dependiera de otra fuerza que el poderío militar para reducir a Checoslovaquia a la obediencia, su prensa estaría clamando que una gran potencia no puede tolerar que una pequeña nación, en una posición estratégica crucial, altere su credo político, con consecuencias posiblemente desastrosas para el régimen interno de la nación grande, y que, de todos modos, una pequeña nación no tiene derecho a poseer ni una nación grande puede tolerar el verse privada de un lugar estratégico tan importante como el cuadrilátero de Bohemia; sin embargo, no fue así como planteó la Unión Soviética su caso ante el mundo. Por ende, Rusia está mintiendo a todos: tanto al mundo como a su propia opinión pública. Esto explica que la Unión Soviética se esté haciendo culpable tanto de cinismo como de hipocresía; cinismo hacia el mundo libre, al que no puede embaucar; hipócrita hacia su propia opinión pública, a la que está mistificando.

Por consiguiente, la operación de Praga puede definirse como un esfuerzo hecho para mantener a Checoslovaquia dentro de la esfera de la hipocresía soviética y para impedirle que se aleje a la deriva de la esfera del cinismo ruso. La condición *sine qua non* que impone la Unión Soviética a su desgraciada víctima es que no tendrá libertad de opinión. El Partido Comunista debe conservar el monopolio absoluto de la opinión. No puede haber ninguna demostración más palpable de que el Partido Comunista Soviético no cree ya en el comunismo; porque después de más de cincuenta años de un monopolio absoluto de la información y la ideología, es todavía cierto que, en un debate abierto, el comunismo saldría perdiendo.

De ello se desprende que la Unión Soviética no es ya un país que esté buscando el poder, con el fin de difun-

dir el comunismo; sino una nación que utiliza el comunismo, con el fin de obtener poder. Por ende, la Unión Soviética se ha convertido en la amenaza más grave para la libertad y la paz del mundo y, sobre todo, de Europa. Este hecho se obscurece o distorsiona de diferentes maneras. En primer lugar, por medio de una falsa simetría con los Estados Unidos. En la actualidad, los Estados Unidos, como la nación más poderosa de la tierra, no puede escapar a la corrupción que sigue al poder como un perro siniestro; sin embargo, a diferencia de la Unión Soviética, los Estados Unidos tienen que tratar con una opinión pública libre; de modo que siempre es posible frenar cualquier empleo irrazonable de la fuerza, apelando a la opinión pública en contra del gobierno. El gobierno norteamericano ha cometido un gran número de errores, principalmente en Hispanoamérica; pero ningún crítico sensible puede acusarle de tener completamente la tendencia a la dominación del mundo, a una escala comparable a la que resulta evidente en la política de la Unión Soviética. Su imperialismo es principalmente financiero y económico, y su aparato militar está dictado por el de la Unión Soviética y se derogaría en el caso de que la Unión Soviética se desintegrara.

Esta no es una defensa partidista de una nación famosa por su anticomunismo; ni podría serlo. Si hay un país con derecho a tener opiniones adversas hacia los Estados Unidos, es España. En el caso de que fuéramos nacionalistas españoles irresponsables, no careceríamos de pretextos e, incluso, razones para llevar a los Estados Unidos ante el Tribunal de la Historia. Sin embargo, rechazamos esos juegos tontos. Observamos que los Estados Unidos tenían a Europa a su merced al concluir la última guerra, y que sus ejércitos no tenían otro deseo que regresar a su país, como lo hicieron; aunque tuvieron que volver, debido al peligro soviético; y sabemos que no hay ningún soldado norteamericano en suelo europeo que no esté allí contra el deseo de los europeos mismos.

Es por esto que, con mucho sentimiento, no podemos seguir al General de Gaulle, cuando habla de los dos bloques como si uno fuera la imagen del otro. Este es un tema doloroso para cualquier admirador de ese gran hombre, porque cuanto mayor sea el hombre, tanto más desastrosos son sus errores. ¿Y quién puede negar que Churchill y de Gaulle son los dos nombres más importantes de nuestro siglo, en la historia política de la humanidad? ¿Quién, aparte de esos dos hombres, ha labrado su figura en el bronce de la memoria de los hombres con mano tan firme? ¿Quién aparte de esos dos hombres alcanzó dimensiones épicas? Churchill, solo, frente al poderío de Alemania, sin otro aliado que la pequeña y heroica Grecia, teniendo que responder a la pregunta de si rendiría o no eventualmente la Marina Británica; De Gaulle levantando —solo— el corazón, el cerebro y el cuerpo de Francia, a partir de su cuerpo casi muerto; esos dos faros de la inteligencia, brillando en la cúspide de sus dos torres de fuerza de voluntad, consuelan a la humanidad de sus deficiencias, confirmando su fe en la capacidad de los muchos para realizar las grandes cosas soñadas por unos pocos. De estos pocos, de Gaulle es, sin discusión, uno de los ejemplos más elevados y luminosos. ¿Quién podría olvidarlo, aunque haya llegado el momento en el que el faro, sobre la torre, si no se ha obscurecido, al menos ha perdido su enfoque?

Una política no puede basarse en el menosprecio de la confrontación de los dos bloques, como si ambos fueran simétricos. El bloque oriental es un imperio colonial sostenido por la fuerza bruta, los métodos siniestros del estado policiaco y un monopolio total de la opinión. Es tan bárbaro que mantiene sus fronteras erizadas con alambradas electrificadas, campos minados y nidos de ametralladoras, para impedirle a su pueblo buscar la libertad mediante la huida. El mundo no ha visto nunca nada parecido. Acostumbrados a ello como lo estamos, sólo en los momentos de reflexión comprendemos hasta qué punto es monstruoso. Nada que no fuera la extremada insensibilidad de los jerarcas soviéticos a la vergüenza y la decencia humana, podría permitirles pretender tener relaciones normales con personas civilizadas, dejando atrás el deshonor permanente del Muro de Berlín y la Cortina de Hierro. Ningún pensamiento ni ninguna frase que tienda a describir a los

dos bloques como un orden simétrico tiene sentido, en tanto esa vergonzosa cicatriz esté desfigurando el rostro liso de Europa.

Nosotros, los europeos, que respetamos y admiramos al General de Gaulle, que no olvidamos que —con Adenauer— construyó el puente sobre el Rin, le debemos la verdad en este asunto tan grave; y la verdad es que no tiene sentido ninguna política que represente a los dos bloques como seis contra media docena.

Estamos examinando las pantallas y las nubes que obscurecen el hecho de nuestro tiempo: que la Unión Soviética ya no está buscando poder para difundir el comunismo, sino que utiliza el comunismo para adquirir mayor poder. Una de esas pantallas o nubes es la credulidad de la izquierda occidental. Un hombre está dormido pacíficamente en su cama. Lo despierta un ruido, enciende la luz y ve una pistola, una mano, un individuo.

—¿Dónde está su dinero?

El hombre se despierta por completo y pregunta:

—¿Por qué quiere saber dónde tengo el dinero?

—Eso no importa. ¿Dónde está su dinero?

—En esa caja fuerte; pero, ¿por qué...?

—¿Y las llaves?

—Aquí están; pero, dígame por qué...

El individuo abre la caja fuerte, reúne el dinero y se va, lanzando una última advertencia:

—No necesita molestarse en llamar a la policía. Corté todos los cables.

El hombre permanece en su cama, asombrado.

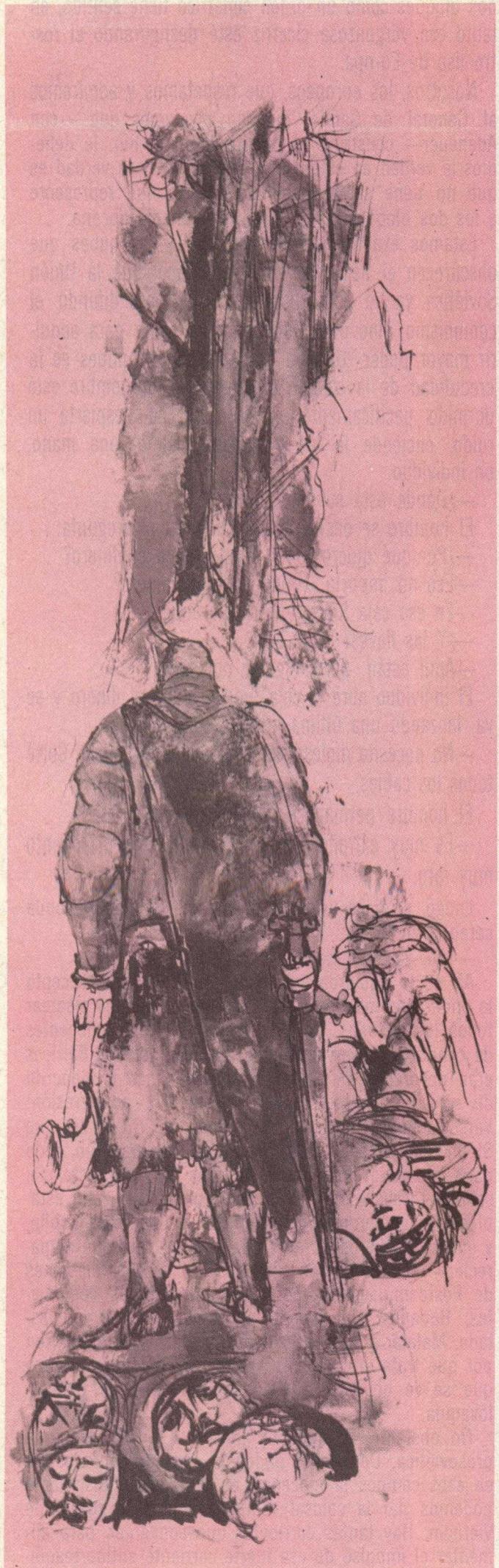
—Es muy extraño —se dice—. Un comportamiento muy raro.

Luego, se lleva un dedo a la nariz. Siente una onda cerebral y se dice:

—¡Ah, ya entiendo! Sin duda era un ladrón.

Así es la izquierda occidental. Todo es igual, excepto la onda cerebral. Han visto a la Unión Soviética pisotear todos los tratados, las promesas y las reglas decentes de conducta; observaron cómo los tres Estados Bálticos eran devorados mediante el proceso cínico e hipócrita de ofrecerles e imponerles tratados de no agresión; Varsovia hecha polvo por las bombas de Hitler, sin que Stalin, que se encontraba en Praga, levantara un dedo para impedirlo; los líderes polacos de la resistencia, salidos de sus escondites a petición de Eden para establecer un gobierno de coalición con el Comité de Lublín, y que se perdieron durante una semana para que reaparecieran en una prisión rusa; los trabajadores alemanes de Postdam, segados por las ametralladoras comunistas; Budapest, traicionada de manera infame y aplastada, Malety y Nagy asesinados, y todavía se preguntan por qué trata el Occidente tan mal a la Unión Soviética que se ve obligada a violar la soberanía de Checoslovaquia.

No obstante, no todo es inocencia en la izquierda prosoviética. De hecho, podemos dar por sentado que en esos campos la inocencia es rara. Como testimonio podemos dar la colossal campaña contra la guerra de Vietnam. Hay tantas corrientes que convergen para alimentar el impulso de esa fuerte corriente antinorteamericanista.



Aniano Lisa

ricana, que un estudio competente de ellas se llevaría todo nuestro tiempo. Para nuestros fines, será suficiente decir que, echando a un lado los errores técnicos que hayan podido cometer los norteamericanos, tanto estratégicos como tácticos, lo principal de todo es que la guerra de Vietnam beneficia a la Unión Soviética, porque sangra a los Estados Unidos y socava su autoridad moral.

Por consiguiente, la carencia simple de pruebas documentadas no es suficiente para quitarnos la sospecha de que la campaña en contra de la guerra de Vietnam está siendo orquestada mundialmente a lo largo de las líneas de las otras campañas del pasado, como la olvidada Campaña de Paz, cuyo verdadero objetivo era darle tiempo a la Unión Soviética para que preparara sus armas atómicas. Algo es seguro: la Unión Soviética ha preparado una potencia militar tan enorme que sería tonto imaginarse que no tiene conciencia de las posibilidades de desorden y subversión, como concomitantes de la guerra. Es cierto que, debido a su acuerdo secreto con los Estados Unidos sobre el equilibrio del terror, frunce el ceño ante las aventuras castristas en Hispanoamérica; pero quedan varios continentes, y mientras hay todos los tipos de estudiantes coloreados por el arco iris de los tintes políticos, su rebelión repentina y simultánea en todo el mundo, sugiere la existencia de una batuta central para dirigir la orquesta. La tendencia de esas observaciones puede resultar más clara posteriormente.

Por sus frutos los conoceréis. Si se toman en consideración todas esas demostraciones, protestas y rebeliones, ya sea por parte de los estudiantes o las minorías oprimidas, como los negros en los Estados Unidos, se observa un rasgo doble: por una parte, un conjunto de quejas demasiado justificadas, por parte de los negros, y más o menos justificadas por parte de los estudiantes; y, por otra, un cambio repentino en la expresión, la actitud y el método. Las quejas mismas quedan en segundo plano y se da la preferencia a la violencia por la violencia misma. Ahora bien, este hecho mismo revela que los dirigentes, los instigadores, los inspiradores y los intrigantes de esas protestas pertenecen a la "pistola" y no a la "pluma" del otro lado de la Cortina de Hierro; su filosofía política es la de Mao; el poder sale del cañón de una pistola. Son partidarios del *Faustrecht* y no del derecho de la razón; están en pro de la ocupación y la censura. Y oímos hablar de consignas tales como el poder negro y el poder estudiantil. En todas partes, los eventos llevan la marca de los movimientos dirigidos por los comunistas. Las salpicaduras de anarquistas y otros "istas" entre sus líderes, sus banderas negras, aunque a veces genuinas, son en parte reales y, en parte, poco más que un camuflaje.

Debe mencionarse otra confusión entre las que obscurecen la verdadera posición al Occidente. Se trata de un antiguo argumento, muy apoyado por las izquierdas de los países anglosajones.

La pobre Unión Soviética tiene miedo. Teme a los taimados occidentales y, sobre todo, a la República

Federal Alemana. Y es por eso que Stalin se rodeó de una cohorte de naciones esclavas, incluyendo la Zona Oriental de Alemania y es por eso que Brezhnev se ha apoderado ahora del cuadrilátero de Bohemia. Por supuesto, todo esto son puras tonterías. La Unión Soviética no teme al Occidente y sus pretensiones en ese sentido no son más que propaganda y polvo lanzado a los ojos.

De hecho, son parte de la guerra fría. El Occidente ha dejado hace ya mucho tiempo de querer creer en la Guerra Fría, desde, poco más o menos, el primer viaje del Sr. Krushchev a los Estados Unidos. Guerra Fría se convirtió en una frase sucia. Los que siguen creyendo que sigue en pie son fósiles pétreos o guerreros fríos.

Las razones para esta aberración del Occidente son muchas y complejas. La primera de ellas es una mala interpretación de lo que es la guerra. Guerra es un conflicto de voluntades entre naciones. Si hay disparos, se vuelve (o puede volverse) caliente; de no ser así, decimos actualmente que es una guerra fría; y se lleva a cabo por medio de la propaganda, la subversión y todos los tipos de dispositivos. Nosotros, los liberales, estamos dispuestos a dejarles a los comunistas suficiente cuerda para que se ahorquen ellos mismos; pero el sistema comunista tiene la intención de destruirnos —Krushchev dixit— y, por ende, sea lo que sea lo que sigan pretendiendo los izquierdistas amables y engañados, la guerra fría sigue adelante.

Luego, la gente se cansa de las tensiones, las preocupaciones y los peligros y resulta mucho más atractivo comer, beber y estar alegres. Otra causa del olvido es que puede ganarse una gran cantidad de dinero comerciando con el Este, e instalando fábricas allí. Uno de los fracasos más lamentables del Occidente ha sido su incapacidad para organizar su comercio con el Este sobre una base unida o, cuando menos, coordinada. Si el Occidente hubiera logrado eso —no lo hizo porque no lo intentó—, hubiera poseído un arma formidable para influir en la política exterior soviética. Esa falla no sólo fue negativa para el Occidente, sino también positiva para la Unión Soviética, que, en esa forma, pudo dividir todavía más al Occidente, por medio de planes comerciales e industriales tentadores. La ceguera fue tan profunda que se llegó a planear el convertir a Europa Occidental en un satélite de la Unión Soviética, permitiéndole construir oleoductos para suministrar a los estados occidentales la sangre para la vida económica. Esa obra maestra soviética de la guerra fría se presentó como prueba de que la guerra fría había concluido. Esa fue otra razón por la que se declaró que la guerra fría era obsoleta: el equilibrio del terror. Después de la reunión de Kennedy y Krushchev en Viena, los Estados Unidos y la Unión Soviética adoptaron una política de reconocimiento tácito o secreto de sus respectivos imperios, bajo condiciones que desconocemos. Como señales indicadoras tenemos el Muro de Berlín, el incidente de Cuba y este último episodio.

Europa debe reflexionar cuidadosamente en la actitud de los Estados Unidos en los tres incidentes dramáticos de su historia: Budapest, Berlín y Praga. No hay

gloria para los Estados Unidos, ni consuelo para Europa. ¿Quieren correr el riesgo de una guerra? No hay ninguna palabra que sea más elástica que riesgo. Nadie que no estuviera loco esperaría que los Estados Unidos se arriesgaran a una guerra total contra la Unión Soviética, por ninguna razón; sin embargo, puesto que el peligro se aplica hacia los dos lados, no se necesita reducir a los Estados Unidos ni a ninguno de sus aliados al silencio completo. Todavía es razonable sostener que Eisenhower podía —o, al menos, era probable que hubiera podido— salvar a Hungría, lo cual, por una reacción en cadena, hubiera liberado a la mitad de Europa de la esclavitud; que Hammerskjold debió olvidarse de El Cairo o enviar allí a un ayudante, para ir a Budapest y reunir allí a la Asamblea de la ONU; que el levantamiento del Muro de Berlín pudo impedirse mediante una demostración de energía; que el Presidente Johnson y U-Thant manejaron mal la crisis checa, no hicieron nada y hablaron excesivamente poco, en voz muy baja y demasiado tarde. Y no creo que el equilibrio del terror tenga necesariamente que impedirle al presidente de los Estados Unidos hablar en Moscú al menos con la misma fuerza que lo hace Moscú en Washington.

Por supuesto, nadie que tenga sentido común puede dejar de sentirse impresionado por las terribles responsabilidades que pesan sobre un presidente norteamericano, y recordamos la conmovedora frase del Presidente Truman: “El presidente de los Estados Unidos es un hombre muy solitario”, una frase, a propósito, que era digna de un estadista que fue capaz, hasta un punto sorprendente, de alcanzar la sencillez y la grandeza del hombre de la calle. Sin embargo, debemos lamentar que en todos esos casos, el único hombre cuyo deber era encarnar la libertad y al Occidente, se refugiara en el silencio y la pasividad. Y las razones para esa triple falla no son difíciles de encontrar: demasiada fe en las armas y demasiado poca en la pluma.

Nadie esperaba que el Presidente de los Estados Unidos disparara contra los cínicos hipócritas que asesinaron a Hungría, encarcelaron Berlín Oriental y amordazaron a Checoslovaquia; pero todos esperábamos que hablara y movilizara la fuerza moral del mundo contra esas hazañas tan infames. Si no se hizo esto, ello se debe a que el Occidente no está convencido todavía del hecho de que la opinión pública se está haciendo cada vez más fuerte y vencerá ultimadamente a la fuerza bruta. Fue la pluma la que hizo callar a los cañones en Suez; y fue la pluma la que obligó a Krushchev a mentir sobre Budapest y a Breznev sobre Praga. Y si la pluma se hubiera esgrimido oportunamente y con mano más firme, tanto Budapest como Praga se hubieran salvado.

Ahora bien, esta falta de fe en el poder de la opinión pública tiene que ayudar al enemigo de la Humanidad, puesto que el régimen que gobierna actualmente Rusia con mano de hierro, no cree más que en la fuerza bruta. Y cuando los adoctrinadores inocentes y los menos inocentes de nuestra izquierda se balanceaban sobre el equilibrio comercial y el terror, entre Occidente y el

este, el trueno de Praga se produjo, para hacerlos despertar. ¿Qué significa?

Para comenzar, lo cuidadoso de los preparativos militares para la ocupación fue tan impresionante que los expertos tienden a creer que la decisión se tomó desde hacia varios meses, de tal modo que es posible que se haya tomado o previsto incluso antes de la caída de Novotny. Esto plantea la pregunta: ¿el objetivo era la preservación del absolutismo comunista o la dominación del cuadrilátero de Bohemia? Volvemos a nuestro primer punto: ¿el poder para el comunismo o el comunismo para el poder? Ambas cosas no son incompatibles; pero la actitud más probable es la de que se utiliza el comunismo, buscando poder, y esto explica el hecho de que los militares destacaran mucho más en este caso que en Budapest.

Así, ahora, **Rusia ocupa una de las fortalezas naturales más formidables de Europa**. Es muy improbable que la utilice para jugar al golf. Si deseamos colegir lo que puede o no suceder, debemos observar las indicaciones y las tendencias. Dos de éstas son inquietantes. La primera de ellas es histórica: la tendencia de Rusia a extenderse. Como inmenso mar humano sin costas, Rusia tiende siempre a desbordarse. Esto, tanto o más que su credo comunista actual, explica que sus fronteras sean ahora las de la Zona Oriental de Alemania y Bohemia. No hay ninguna razón basada en la historia por la que vaya a detenerse ahí.

La segunda indicación es todavía más inquietante. **Tanto la agresión de Budapest como la de Praga tuvieron lugar mientras los Estados Unidos estaban pasando por el opacamiento de la política exterior que les imponen siempre las elecciones presidenciales**. Por supuesto, puede tratarse de una coincidencia; pero también es posible que no lo haya sido. Y si a la sospecha agregamos el hecho de que los preparativos militares para la ocupación de Checoslovaquia se iniciaron desde hacia mucho tiempo, se fortalece la probabilidad de que se trató de un acto deliberado, mientras se sabía que los Estados Unidos iban a distraerse.

Si reunimos esas dos observaciones, llegamos a una conclusión definitiva ante la que no debemos retroceder. **No es probable que ocurra nada de este lado de la Cortina de Hierro, mientras los Estados Unidos estén en su puesto; pero si Norteamérica se absorbe en alguna crisis interna peligrosa, la seguridad del Occidente estará en peligro**.

Hace unos cuantos años, esta sórdida eventualidad no parecía probable ni inmediata; sin embargo, en la actualidad, no resulta de ninguna manera inimaginable que pueda producirse una conflagración negra en los Estados Unidos. Si esa revolución o rebelión sacudiera a Norteamérica y, por supuesto, podría fomentarse, es natural temer que la Unión Soviética utilice su trampolín recién adquirido en Bohemia, para saltar hacia el oeste. Esto no es más que una estimación razonable del saldo de probabilidades.

Así pues, amigos, Europa debe pensar en Europa. Nuestro gran continente no puede permanecer ya como una especie de fille entretenue, con sus esperanzas y

temores ya sea en Washington o en Moscú; no puede permanecer tranquila y supina mientras que la mitad de su territorio vegeta en la esclavitud bajo el Gigante Oriental, y la otra mitad no sufre ese destino gracias a la mano distraída de la superpotencia occidental. El continente que dirigió al mundo desde el año 1200 hasta el 1900, no puede resignarse a ser un objeto de la historia, entre un mercado de máquinas y otro de esclavos. Europa debe volver a tomar en su mano la historia del mundo.

No estamos sugiriendo que se una, porque ya ha sido una durante siglos en espíritu y, durante varios años, en la economía. Estamos afirmando que puesto que ya es una, debe ser gobernada como una. Y aseveramos, asimismo, que un mercado común e, incluso, un gobierno común, no sólo son imposibles, sino que, además, carecen de valor, sin un espíritu común. Por consiguiente, debemos proclamar que Europa es un río del espíritu que fluye en la confluencia del río de Sócrates y el de Cristo. Europa es un continente que desea explícitamente que su intelecto lo mantenga libre Sócrates y su voluntad la sostenga limpia Cristo; un continente que abjura y abomina todos los hechos y las palabras de su pasado que envenenan a Sócrates o crucifican a Cristo. Y cuando se ve con toda su claridad esta tarea suprema, con toda su urgencia, al borde de un peligro mortal, los argumentos sobre la supranacionalidad, la admisión de la Gran Bretaña o la influencia norteamericana, destacan por su falta de importancia. También aquí, tenemos que oponernos a ese gran francés que debía haber dirigido el nacimiento de Europa. Con una pertinencia que pudo oscurecer su visión, el General de Gaulle fue, durante varios años, el principal obstáculo en el camino hacia la integración de Europa; pero los tres peligros contra los que nos previno, nos parecen haber estado menos en la realidad que en su poderosa imaginación. Un español no pudo observar sin simpatía el hecho de que un moderno Caballero Errante tomase los molinos de viento por gigantes; pero los molinos siguen moliendo la harina de la realidad, que es el alimento de la mente, y ninguna mente puede alimentarse con gigantes, sobre todo si no existen. Por otra parte, la hora es demasiado grave para los sueños. Precisamente porque me encuentro entre quienes desearíamos que Europa se confederara, pero de manera tan limitada como fuera posible, simpatizamos en su momento con las reservas del General de Gaulle con respecto a la supranacionalidad; aunque no las compartimos. Creemos que las naciones europeas están mucho más dota das de esencia que los estados norteamericanos y que deben permanecer así como unidades constituyentes de la Confederación Europea. Es por esto que estamos más a favor de un Senado Europeo elegido por los parlamentos nacionales, que de un Parlamento Europeo, escogido por el pueblo europeo, puesto que pueblo europeo es una abstracción sin sangre ni carne. No obstante, nos parece indispensable una autoridad supranacional para todas las cuestiones que tengan claramente importancia para Europa, sobre todo en lo que se refiere a cuestiones tales como la aviación y la defensa. En

cuanto a la aviación, porque o establecemos una industria europea de la aviación o nos transformamos en clientes de los Estados Unidos; en la defensa, porque ningún país europeo puede defenderse ya apartado del resto de Europa.

El General de Gaulle no pudo esperar la aprobación mundial para sus proposiciones, si éstas carecían de universalidad. Si se rechaza la supranacionalidad porque el cuerpo soberano europeo estaría bajo el pulgar de los Estados Unidos, debería demostrarse por qué los Estados Unidos deben poder ejercer una mayor influencia sobre la Confederación que sobre cualquier país suelto de Europa como, por ejemplo, Francia. Es de sentido común que el único modo en el que las naciones europeas pueden oponerse a cualquier intento hecho por los Estados Unidos o la Unión Soviética para enseñorearse de ellas, es formar una fuerte confederación; y que el mejor modo de convertirlas en satélites, ya sea de una o de la otra superpotencia, es evitar que surja la Confederación. Y esto se aplica muy especialmente a la Gran Bretaña.

En este sentido, la ruptura de sus lazos con la OTAN, por parte de Francia ha resultado un desastre para Europa y el mundo, y los europeos le debemos a Europa el señalar que si Francia hubiera permanecido en la OTAN, es casi seguro que los sucesos de Checoslovaquia no hubieran tomado el giro agresivo que todos lamentamos. De manera similar, si la evolución hacia Europa no hubiera sido detenida por el veto de París contra la Gran Bretaña, la historia de Europa hubiera hecho que esos lamentables eventos fueran prácticamente imposibles.

Nuevamente, ese veto no se basa en ninguna idea universalmente aceptable, y el modo en que se impuso, todavía menos. Desde el siglo XVI al XX, la Gran Bretaña comparte con Francia la dirección de los asuntos mundiales, y con Alemania, Italia, España y otras naciones, el liderato de nuestra civilización. La Gran Bretaña puede considerarse como una isla en el estuario del Rin; como uno de tantos países que de Suiza a los Países Bajos pueblan el gran río, espina dorsal de nuestra Europa. Tres habitantes espirituales del Rin, tres católicos germánicos fueron los tres diseñadores de la Confederación Europea, tres grandes europeos, Adenauer, de Gasperi y Robert Schuman; y uno de ellos, Robert Schuman, vio que la defensa confederada de Europa es ya una necesidad.

Es una tragedia que ese otro habitante espiritual del Rin, el constructor del puente sobre el Rin, haya permanecido ciego a una verdad tan evidente. Creyó que estaba cerrando el paso al ingreso de la Gran Bretaña a Europa, y eso es algo que no podía hacer, porque la Gran Bretaña ha estado en Europa durante siglos. Simplemente, le estaba cerrando a la Gran Bretaña el camino para llegar al centro del poder político de Europa, y esto es algo que no tenía derecho a hacer por sí mismo y todavía menos contra la voluntad de sus cinco asociados. Porque los vetos y las decisiones de un solo hombre pertenecen a la familia de la "pistola" y no a la de la "pluma", a la fuerza de la voluntad, no a la

razón; en resumen, no son actitudes europeas. Y el sostener que el acceso de media docena de países rompería el equilibrio entre los SEIS, era tanto como considerar a los SEIS como una camarilla y no como lo que todos estuvimos de acuerdo y esperamos que fueran: la semilla y el núcleo de Europa. ¿Negó a Europa el presidente francés? Las tropas del zar rojo estaban en Bohemia y el Mediterráneo era ruso o norteamericano.

El tiempo es corto. Cualquier día, toda Europa, incluyendo a Francia, pudiera encontrarse en el centro de un torbellino. El hombre cuya soberbia voluntad, al servicio de la razón, sacó a Francia de las garras de la muerte, pudo haber sido suficientemente fuerte para precipitarnos hacia un cementerio espiritual controlado por los soviéticos, mediante el uso de una fuerza de voluntad liberada de la razón que la controlaba; sin embargo, no fue suficientemente fuerte para llevar por sí mismo una política exterior clara e independiente. Ninguna nación europea puede llevar una política exterior que no sea la de Europa, la de los Estados Unidos o la de la Unión Soviética; por dos razones: porque esa política no existe y porque si existiera, ninguna nación europea tendría el potencial militar necesario para hacerla efectiva. Habiéndose liberado de la política de los Estados Unidos, el presidente francés, por mucho que le haya desagradado, se ligó a la política de la Unión Soviética. Para seguir una política auténticamente europea, debió conducir a Europa hacia la confederación.

Ese gran hombre no fue lo suficientemente ambicioso. Nació para ser el primer presidente de la Confederación Europea y se contentó con gobernar la Provincia Francesa de Europa. Nació para ser el sucesor de Carlomagno y se contentó con ser el sucesor de Monsieur Poincaré. Pudo erigir una Europa suficientemente grande para dirigir al mundo; pero prefirió establecer una especie de *Europe sur Seine*. Nació para servir a la mente, que es la verdadera gloria de Francia y el alma de Europa; pero pareció contentarse con la gloria del hexágono militar. Dejen que uno de sus admiradores europeos señale que lo que una vez escribió con magnificencia: *La espada es el eje del mundo, no es correcto. El eje del mundo es el espíritu.*